La lámpara del piso de arriba

Cora descubrió la primera sombra un martes, mientras intentaba aprenderse las medidas de una escalera de incendios. El dibujo se le atravesó en el cuaderno y, sobre la hoja, apareció una línea que no había trazado: cuatro patas estrechas y el asiento curvo de una silla.

La luz venía del piso de arriba. Entre las dos viviendas había un patio interior tan angosto que una ventana podía iluminar la mesa de enfrente. La lámpara de la señora Varela, una pantalla de vidrio amarillo junto al ventanal, permanecía encendida hasta el amanecer.

Cora había alquilado la habitación más pequeña del edificio para cursar un grado técnico por las noches. Compartía cocina y recibidor con Tomás, que trabajaba de madrugada y nunca estaba cuando ella estudiaba. Desde su mesa veía el rectángulo iluminado de la ventana superior, pero no el interior del apartamento: el vidrio estaba esmerilado.

Alzó la cabeza. La silla dibujada por la luz no estaba en su cuarto. Una silla de verdad no habría cabido entre el armario y la puerta. La sombra, en cambio, permanecía allí, recortada sobre el suelo como si una persona invisible hubiese retirado el mueble unos segundos antes.

Cora apagó su flexo. La silueta siguió sobre el mosaico. Cuando a las seis la lámpara de arriba se extinguió, desapareció también la silla.

Dos días después apareció un aparador. Su sombra atravesó la pared donde Cora había pegado el horario de clases. Al mismo tiempo, el borde de su propia mesa perdió unos centímetros de espacio: al intentar desplazar el cuaderno, chocó contra algo frío y liso que no veía.

Se arrodilló y palpó la oscuridad. Tocó una superficie vertical, de madera pulida, exactamente donde empezaba el aparador proyectado. Retiró la mano. La superficie se deshizo como una capa de polvo helado.

Por la mañana bajó al patio y encontró a la señora Varela junto al portón, sujetando una caja vacía. Era una mujer delgada, con las manos de quien había pasado muchos años cuidando muebles ajenos.

—¿Está haciendo una mudanza? —preguntó Cora.

—Una entrega —respondió la vecina—. Los nuevos llegan el sábado.

Cora señaló la caja.

—Anoche vi la sombra de un aparador en mi habitación.

La señora Varela no fingió sorpresa. Miró hacia las ventanas.

—No lo toques cuando la lámpara esté encendida. Si una sombra aprende dónde apoyarse, cuesta sacarla.

—¿Dónde está el aparador?

—En un camión, camino de otra ciudad.

Antes de que Cora pudiera preguntar algo más, la mujer salió con la caja. Regresó al amanecer siguiente sin ella.

Esa noche la sombra de una cama ocupó parte del recibidor. No era un dibujo plano: la manta invisible formaba un bulto que impedía pasar. Cora tuvo que caminar de lado. En la cocina, una cuchara cayó sola del escurridor y quedó suspendida a la altura de una repisa que ya no existía.

Anotó las apariciones en el margen de sus planos. La silla había llegado después de que la vecina sacara una silla real; el aparador, después de que un camión recogiera un mueble grande; la cama, después de ver al portero cargar un colchón. Nunca aparecía una sombra antes de la salida de su objeto.

El viernes, a las cinco y media, Cora subió al segundo piso. La puerta de Varela estaba entreabierta. Dentro había una alfombra marcada por cuatro rectángulos de sol, un gancho sin abrigo y una lámpara amarilla sobre una caja de madera. No quedaba más mobiliario.

La vecina estaba doblando un inventario. Cora alcanzó a leer una columna: «Mesa de comedor, seis sillas, cama, aparador». A la derecha figuraban fechas de retirada, no precios.

—¿Por qué están todos esos muebles en mi casa si los ha enviado lejos?

Varela desplegó el papel. Había un párrafo escrito a mano, más antiguo que el resto: «La luz recuerda una habitación en el orden en que fue amueblada. Lo que ya no tiene nombre ocupa el primer lugar libre». Debajo, una advertencia: «Apagar no devuelve el espacio que la sombra haya aprendido a sostener».

—La lámpara era de mi madre —dijo la mujer—. Cuando murió, dejé su habitación como estaba. Encendí la luz y vi su mesa, aunque la había regalado. Pensé que al menos podía conservar eso.

—¿Y ahora?

—Una familia va a alquilar aquí. No tiene muebles. Me pidieron que dejara los míos y no pude: había que venderlos para pagar lo que debía. La lámpara puede ofrecerles las sombras. Por la noche parecen sólidas.

—Pero se están instalando abajo.

Varela señaló el plano del edificio pegado a la pared. Los dos pisos figuraban como una sola casa antigua, dividida muchos años atrás. La luz del patio era el puente entre ambas partes.

—Al principio eran manchas —admitió—. Después empezaron a buscar sitio. Si tú las llamas silla, aparador o cama, encuentran sus bordes. Si no les das nombre, buscan donde puedan descansar.

Cora miró el inventario. Al lado de «Mesa de comedor» no había fecha. Varela la había conservado hasta el final.

—¿La familia sabe que va a recibir muebles que no podrá usar de día?

La mujer bajó los ojos.

—Les dije que habría algunas cosas.

—¿Y mi habitación?

—Antes todo era una sola casa. No creí que la luz recordara también el piso de abajo.

Cora regresó a su puerta antes de las seis. Su mesa de estudio tenía ahora otra pata, delgada y ennegrecida, que asomaba por debajo del tablero. La sombra del comedor de arriba se alargaba desde el patio y se ajustaba a la madera real de su mesa como una funda.

Arrastró la mesa hacia el pasillo. No se movió. En el suelo surgieron dos líneas más, los bordes de un tablero mucho mayor. El cuaderno se deslizó hasta quedar lejos de sus dedos. Del otro lado de la puerta, algo golpeó tres veces, como una silla que pide permiso para entrar.

Cora llamó a Tomás. Su compañero seguía en el trabajo y respondió por mensaje que la llave de la puerta exterior a veces se trababa. No mencionó ninguna sombra. Cora no quería que volviera a una casa que parecía estar extendiéndose por dentro.

Subió otra vez, pero ahora la escalera tenía un descansillo extra. A través del hueco de la baranda pudo ver su propia ventana mucho más abajo de lo normal. Entendió entonces la segunda parte de la nota: la sombra no solo copiaba muebles; encontraba habitaciones sin un límite dicho en voz alta y las agrandaba para acomodarlos.

—Esta no es una sala de comedor —dijo, sin saber a quién hablaba.

El descansillo se detuvo. A la derecha apareció por un momento la puerta de su cuarto.

—Es mi habitación. Hay una mesa de estudio, un armario blanco, una silla azul y un estante con libros. No hay un aparador. No hay una cama de matrimonio.

Cada nombre devolvió una distancia. La escalera recuperó sus peldaños. Pero la mesa no volvió a ser enteramente suya: el tablero había empezado a ensancharse, aun cuando Cora seguía nombrándolo.

Entró en el piso de Varela. La vecina estaba sentada en el suelo junto a la lámpara, sin tocarla.

—No quiero quitársela a nadie —dijo—. Quería que tuvieran algo.

—No puede darles mi mesa. Tampoco su dormitorio vacío puede ocupar el mío.

Cora miró el interruptor. La lámpara emitía una luz suave, casi doméstica. Aquello era lo peor: no había una figura en la ventana ni un ruido terrible, solo una casa intentando regresar a un tamaño que ya no tenía.

—Mi cuarto termina en la pared del patio —dijo Cora—. Mi puerta da al pasillo de abajo. El piso de arriba termina aquí. No es el mismo cuarto, aunque antes lo fuera.

Giró el interruptor.

La escalera dejó de crujir. El aire frío que le había subido por las mangas desapareció. Cora bajó sin encontrar peldaños de más. En su habitación estaban la silla azul, el armario blanco y la estantería exactamente donde debían.

Su mesa, sin embargo, había dejado un rectángulo claro sobre el suelo. No estaba.

La encontró en el patio, encajada contra la pared, con el tablero extendido hasta tocar el hueco del antiguo comedor. Era madera auténtica. Sobre un extremo descansaba el cuaderno de escaleras de incendios, abierto en una página que ya no reconocía.

El sábado llegaron los nuevos inquilinos: dos adultos y un niño que llevaba sus juguetes en una bolsa de tela. Cora los vio subir sin muebles, con una gratitud que le hizo difícil advertirles lo que ocurría allí. Finalmente les dijo que no encendieran la lámpara amarilla y que preguntaran por la habitación antes de colocar nada.

La señora Varela ya se había marchado. Dejó la lámpara apagada y una lista de las cosas que no entregaba.

Cora se mudó la semana siguiente. Desde la calle, al despedirse, vio su mesa en el patio. Durante el día solo cabía bajo una ventana. Pero en la pared de arriba la sombra del tablero seguía avanzando, dedo a dedo, hacia una silla que todavía no existía.